

El deseo de inmortalidad en don Miguel de Unamuno

Escribe: CLEMENCIA FORERO UCROS

I — UNAMUNO Y LA FAMA

Uno de los capítulos de *El sentimiento trágico de la vida*, lo tituló don Miguel de Unamuno, "El hambre de la inmortalidad". Al concluir la lectura de todo el libro, nos damos cuenta de que la idea allí expuesta es la que anima el texto. Y al trasladarse a sus poesías, adquiere con su reiterada aparición el carácter del *leit-motiv*.

¿Cuál es la posición de Unamuno frente a su propia obra? La gloria literaria, según sus propias palabras, es una lucha a brazo partido por la sobrevivencia del nombre. La fama duradera constituye una forma de inmortalidad.

Según Pedro Salinas, las poesías de Unamuno "son lo mejor que tiene en su desesperada empresa de no morir, de sobrevivirse" (1). Hay una notable unidad de propósito entre su prosa y su poesía, tanto en lo formal como en lo ideológico. En el aspecto puramente estético, el verso y el ensayo son igualmente escuetos, desnudos, esqueléticos. Muchos de sus poemas parecen ser el resultado de una filosofía rimada, de escasa musicalidad. El mismo explica las dificultades de la rima:

*Macizas ruedas en pesado carro
al eje fijas, rechinante rima.
¡con qué trabajo llegas a la cima
si al piso se te pone algún guijarro!* (2).

(1) Pedro Salinas, *Ensayos de literatura hispánica*, p. 303.

(2) M. Unamuno, *Obras completas*, tomo XIII, p. 463.

Lo mismo que el ensayo, la poesía debe nutrirse del pensamiento. “Piensa el sentimiento, siente el pensamiento”. En este verso de su *Credo poético* tal vez se halla la clave de la conexión entre prosa y verso, más aún, de la temática total de Unamuno: vive el pensamiento honda e intensamente, piensa el sentimiento, en la medida en que este sea susceptible de ser pensado. “Lo pensado es, no lo dudes, lo sentido”. Esta conexión entre pensamiento y sentimiento se halla expresada con gran claridad en el poema “Denso, Denso”, del que he seleccionado estas estrofas:

*Mira, amigo, cuando libres
al mundo tu pensamiento,
cuida que sea ante todo
denso, denso.*

*Y cuando sueltes la espita
que cierra tu sentimiento,
que en tus cantos este mane,
denso, denso.*

*Y el vaso en que nos escancias
de tu sentir los anhelos,
de tu pensar los cuidados,
denso, denso.*

¿Cuál es la relación obra-autor? Sus creaciones deben servirle de pasaporte a la inmortalidad.

*¡Oh mis obras, mis obras,
hijas del alma!
¿Por qué no habéis de darme vuestra vida?
¿Por qué a vuestros pechos
perpetuidad no ha de beber mi boca? (1).*

En “Id con Dios”, se advierte nuevamente la idea de las obras como garantías de la inmortalidad:

*Vosotros apuráis mis obras todas;
sois mis actos de fe, mis valederos...*

(1) Unamuno, *Obras completas*, tomo XIII, p. 198.

El libro, después de la muerte del autor, tiene la función de hacer revivir su pensamiento, más aún, su personalidad humana:

*Leer, leer, leer: vivir la vida
que otros soñaron;
leer, leer, leer; el alma olvida
los que pasaron;
se queda en las que quedan, las ficciones
las flores de la pluma,
las solas, las humanas creaciones,
el poso de la espuma.
Leer, leer, leer; seré lectura
¿mañana también yo?
seré mi creador, mi creatura,
¿seré lo que pasó? (1).*

El canto del poeta, creatura suya, se convierte en creador de una memoria perdurable.

Una reiteración más de la idea de perduración:

*Aquí os dejo mi alma-libro,
hombre-mundo verdadero;
cuando vibres todo entero
soy yo, lector, que en tí vibro (2).*

*Cuando yo ya no sea,
¡Serás tú, canto mío!*
exclama en el poema "Para después de mi muerte", cuyo título es de sobra significativo.

¿Cómo desearía sobrevivir Unamuno? "Preguntad a un artista sincero qué prefiere: que se hunda su obra y sobreviva su memoria, o que hundida ésta, persista aquella, y veréis, si es sincero, lo que os dice" (1).

Unamuno no querría ver sus creaciones literarias convertidas en el patrimonio de un pueblo, hasta el punto de que se olvidara su nombre y sobrevivieran sus pensamientos. Tampoco

(1) Unamuno, *Cancionero poético*, N° 1181, p. 330.

(2) *Ibid.*, N° 828.

(1) Unamuno, *Sentimiento trágico de la vida*, p. 53.

desearía ser acogido por las muchedumbres. Sus ídolos efímeros se derrumban con facilidad. Y en efecto, de su obra tal vez sobrevivirá la personalidad que la animó.

II — FE Y RAZON

El punto de partida de su pensamiento es la afirmación de Spinoza de que cada cosa, en cuanto es en sí, se esfuerza por perseverar en su ser. Unamuno adopta este principio filosófico y lo utiliza con un sello personal. En el párrafo siguiente se puede observar el apropiamiento y desarrollos propios de la aseveración anterior:

“¡Ser, ser siempre, ser sin término! ¡Sed de ser, sed de ser más! ¡Hambre de Dios! ¡Ser de amor eternizante y eterno! ¡Ser siempre, Ser Dios! (2).

En el anhelo de ser siempre, la oposición entre fe y razón aparece, desnuda y escueta::

*Cada uno con su pregunta,
la cabeza, el corazón,
enemigos forman yunta,
yunta de contradicción...*

Estas dos enemigas irreconciliables son los polos del problema. El no poder prescindir de ninguna de ellas dará origen a lo que Unamuno llama su lucha agónica. Los interrogantes que se plantea, y que además están implicados en toda concepción religiosa, se escapan a las soluciones de la lógica. ¿De dónde viene el hombre? ¿Cuál es la finalidad del universo? ¿Vamos de la nada a la nada?

“Si la conciencia no es nada más que un relámpago entre dos eternidades de tinieblas, entonces no hay nada más execrable que la existencia...” (1).

Los “Salmos” enumeran detalladamente estas preocupaciones que se quedan sin respuesta:

(2) *Ibid.*, p. 41.

(1) Unamuno, *S. T. de la V.*, p. 41.

*¿Por qué encendiste en nuestro pecho
el ansia
de conocerte,
el ansia de que existas,
para velarte así a nuestras miradas?*

.....
*¿Por qué hiciste la vida?
¿Qué significa todo, qué sentido
tienen los seres?
¿Qué hay más allá, Señor, de nuestra vida?
Si Tú, Señor, existes,
dí por qué, y para qué, ¡dí tu sentido! (2).*

En la opinión de Unamuno, los filósofos intelectualistas han eludido estas preguntas eternas. Personalmente, no aspira a resolverlas, pero sí a vivirlas con honda intensidad.

La inmortalidad del alma no puede ser demostrada racionalmente. Se enfrenta a este anhelo, contradiciéndolo, la razón, que en este sentido es enemiga de la vida. El sentimiento trágico, la lucha agónica, nacen de este enfrentamiento, insoluble e inevitable. La irresignación ante la mortalidad, será la actitud de Unamuno.

*No me resignaré, no, que mi lote
bregar es sin espera de victoria
y sucumbir en busca de la gloria
de palizas cual las de Don Quijote.*

*Mientras mi terco anhelo no se agote
defenderé aun la absurda, la ilusoria
creencia que da vida... (1).*

LA ESPERANZA, ELEMENTO POSITIVO

Unamuno da un sentido a su lucha, añadiendo un tercer elemento: la esperanza.

*Y se construye nuestra fe y estriba
sobre esperanza,
y es esperanza nuestra fe tan solo.*

(2) Unamuno, *Salmo I*.

(1) Unamuno, *O. Compl.*, tomo XIII, Irresignación, p. 609.

Es el elemento que salva a Unamuno, según la interpretación de Laín Entralgo, de la desesperación total. “Desesperación en cuanto el alma asistía al naufragio de su esperanza básica, la relativa a su propia inmortalidad; total, porque parecía alcanzar las más hondas raíces intelectuales y sentimentales de la conciencia” (1).

En el problema de la esperanza interviene la temporalidad. Lo que fue, es inmutable. La esperanza solo puede obrar sobre el porvenir, o sea sobre lo que el hombre espera:

*Vivir es esperar, siempre anhelando,
esperando,
y solo el porvenir es sustancioso;
el único reposo es el mañana.*

¿Qué relación hay entre fe y esperanza? Unamuno la establece claramente: La fe es el contenido de la esperanza, la esperanza es la forma de la fe. “No creemos sino lo que esperamos, ni esperamos sino lo que creemos”.

UN CUARTO FACTOR POSITIVO, LA VOLUNTAD

Según Unamuno, hay que *querer* creer.

*Querer, creer, poder; tal es la santa
procesión que al esfuerzo da sustento...*

En una de sus poesías, afirma: “No ya la fe, la voluntad levanta las montañas”. ¿Cómo se relacionan la voluntad y la fe? La voluntad de no morir constituye la fe. Una vez más, el deseo de supervivencia prima sobre todo anhelo.

La fe no aparece entendida como la adhesión a una serie de doctrinas, sino como un deseo y una voluntad de que haya Dios, una confianza inquebrantable en su existencia.

Hemos visto la necesidad de la fe, nutrida por la esperanza de proyectarse hacia el futuro. Fe no es “creer lo que no vimos, sino creer lo que veremos”. En este punto nos encontramos con la afirmación de que “la fe en Dios consiste en crear a Dios”.

(1) Laín Entralgo, *La espera y la esperanza*, p. 383.

Esta frase debe ser analizada en su sentido exacto. La explicación que da Unamuno en *El sentimiento trágico de la vida*, es de origen agustiniano. Dios está en nosotros, lo llevamos dentro. El querer creer en Dios implica amarle, de acuerdo a la doctrina agustiniana de que Dios no se revela y se descubre sino a quien le busca y lo ama. El crear a Dios debe ser interpretado en el sentido de buscarle, como San Agustín, por amor, o sea por una vía puramente afectiva, cordial, y por lo tanto irracional.

Ya están en juego la totalidad de los elementos, fe, razón, esperanza y voluntad.

*Tomamos como fe a la esperanza
que nos hace decir: ¡Dios, en Tí creo!
cuando queremos creer, a semejanza
nuestra haciéndole... (1).*

III — DESPUES DE LA MUERTE

La creencia en la inmortalidad implica la representación de una vida posterior. Toda religión tiene su Paraíso, esbozado y descrito en muchos casos con gran detallismo. ¿Qué espera Unamuno encontrar más allá de la muerte? Primero examinemos el aspecto negativo, qué es lo que no desea:

*Querría, Dios, querer lo que no quiero;
fundirme en Tí, perdiendo mi persona,
ese terrible yo por el que muero
y que mi mundo en derredor encona...*

.....
*Dentro de mí resuena el grito
del eterno Luzbel, del que quería
ser, ser de veras, fiero desacato!... (1).*

Claramente rechaza la fusión total con Dios, en la que se perdería la individualidad, el yo que tanto le preocupa y que desea salvaguardar apasionadamente.

(1) Unamuno, *Obras completas*, t. XIII, p. 569.

(1) Unamuno, *Obras completas*, t. XIII, Unión con Dios, p. 634.

“¿Cómo puede vivir y gozar de Dios eternamente un alma humana sin perder su personalidad individual, es decir, sin perderse?” (2).

¿Cuál sería, entonces, la visión más deseable de Dios? Unamuno insinúa la de Teresa, la Doctora mística. Contempló la santa en sus éxtasis al Dios vivo, “en un vuelo deleitoso, con conciencia de sí, sabiéndose distinto de Dios, a quien se une uno” (3).

Una visión beatífica de Dios, en que quede enajenada la conciencia, no le satisface. Si salimos de Dios y a El volvemos, ¿qué consuelo puede ofrecer la inmortalidad, si queda aniquilada en Dios la conciencia individual?

*¿Al seno tornarás de que surgiste?
¿Serás al cabo lo que un día fuiste?
¿Parto de desnacer será tu muerte?*

Una reiteración de esta angustia:

*Sufro, mi Dios, todo tu peso
al perderme en tu creación;
es mucha agua la mar, por eso
se me hace fuego el corazón.*

..... (1).

Aun si se conservara la individualidad, ¿cómo concebir la existencia del puro espíritu, despojado de la carne? “Sin alguna especie de cuerpo, ¿cómo el deleite?”. “Una felicidad corporal, de deleite, no solo espiritual, no solo visión, es lo que deseamos...” (2). La contemplación intelectual no le interesa. El alma no debe desarraigarse totalmente de los sentidos. Lo espiritual y lo corporal deben reunirse e integrarse en una especie de sensualismo místico.

Hay que poner de relieve que la moral de Unamuno no lleva implicados el castigo y la recompensa, como toda concepción religiosa tradicional. Su fe no tiene un contenido, entendiendo

(2) Unamuno, *S. T.*, p. 199.

(3) Unamuno, *Ibid.*, p. 200.

(1) Unamuno, *Cancionero*, N^o 1360.

(2) Unamuno, *S. T. de la V.*, p. 206.

por contenido un conjunto de dogmas, de elementos doctrinarios. Laín Entralgo afirma justamente que Unamuno prefiere la fe mística, basada en la confianza y sostenida por la esperanza, a la fe gnóstica, que aspira a desarrollarse como sabiduría y conocimiento.

INDIVIDUALIDAD

Todos los factores anteriormente formulados, nos llevan a pensar en la egolatría de Unamuno. Una oposición entre fe y razón, un anhelo de inmortalidad, un conflicto religioso, todo esto desemboca en un deseo egolátrico de supervivencia del propio yo, distinto y separado de las demás conciencias. Unamuno se sabe a sí mismo ególatra, cultiva y desarrolla este egoísmo. “¡Yo, yo, siempre yo! —dirá algún lector—; ¿Y quién eres tú? Podría aquí contestarle con Obermann, con el enorme hombre Obermann: “¡Para el Universo, nada; para mí, todo!” (1).

Esta egolatría llega a su máximo en su caprichosa posición de heterodoxia religiosa. “Buscan poder encasillarme y meterme en uno de los cuadriculados en que colocan a los espíritus, diciendo de mí: es luterano, es calvinista, es católico, es ateo, es racionalista, es místico... Y yo no quiero dejarme encasillar, porque yo, Miguel de Unamuno, como cualquier otro hombre que aspire a conciencia plena, soy *especie única*” (2). Parece pensar que la adhesión a una religión determinada o a un sistema de pensamiento, implica una disminución de la personalidad. Si no quiso dejarse encasillar, fue su propio pensamiento el que logró encuadrarlo dentro del cristianismo, “la única religión que nosotros, los europeos del siglo XX, podemos de verdad sentir...”, aunque pida, como afirma Unamuno, “el martirio de la fe, que es la crucifixión de la razón” (3).

El yoísmo de Unamuno fue ampliamente comentado por Ortega y Gasset. “No he conocido un yo más compacto y sólido que el de Unamuno. Cuando entraba en un sitio, instalaba desde luego en el centro su yo, como un señor feudal hincaba en el medio del campo su pendón. Tomaba la palabra definitivamente. No

(1) Unamuno, *S. T. de la V.*, p. . .

(2) Unamuno, *Mi religión*, p. 9.

(3) Unamuno, *Op. cit.*, p. 226.

cabía el diálogo con él... No había, pues, otro remedio que dedicarse a la pasividad y ponerse en corro, en torno a don Miguel, que había soltado en medio de la habitación su yo como un ornitorrinco...". Este párrafo, que forma parte de un artículo, escrito con motivo de la muerte de don Miguel, concluye así: "La voz de Unamuno sonaba sin parar en los ámbitos de España desde hace un cuarto de siglo. Al cesar para siempre, temo que padezca nuestro país una era de atroz silencio..." (1).

Como se ha visto anteriormente, su concepción de Dios y de la vida eterna es eminentemente egoísta. Quiere que Dios exista únicamente para salvaguardar su propia existencia, su propio yo. No le interesan fundamentalmente el cosmos, la naturaleza, el prójimo. Solo existe un Dios, y frente a él, Miguel de Unamuno, que no se resigna a morir del todo. Su posición adquiere muchas veces tintes de ingenuidad:

Sácame, Señor, de duda:

¿guardarás al que te amó?

Dios mío, ven en mi ayuda,

¡que me arrebatan mi yo! (2).

En otras ocasiones, es notable el cariz sincero y dramático:

¡Cuántos he sido!

Y habiendo sido tantos,

¿acabaré por fin en ser ninguno?

De este pobre Unamuno,

¿quedará solo el nombre? (3).

IV — LA CONVENIENCIA DEL CRISTIANISMO

No se intentará aquí analizar los estudios que sobre la esencia del cristianismo realizó Unamuno, sino simplemente señalar los aspectos que le garantizan la solución de su cuestión única: el problema de la inmortalidad.

(1) Ortega y Gasset, *Obras completas*, tomo V, pp. 262-263.

(2) Unamuno, *Cancionero*, N^o 1299.

(3) Unamuno, *Obras completas*, t. XIII, p. 862.

Se pueden señalar varios momentos en su posición religiosa :

1. Un ateísmo aparente:

*Sufro yo a tu costa,
Dios no existente, pues si tú existieras,
existiría yo también de veras... (1).*

2. La lucha entre la incredulidad y la fe. En ella se encuentra la "duda" como factor indispensable.

*Fe soberbia, impía,
la que no duda...*

.....
*No te ama, oh Verdad, quien nunca duda,
quien piensa poseerte,
porque eres infinita y en nosotros,
Verdad, no cabes... (2).*

3. La búsqueda impotente de Dios.

*Ya de tanto buscarte
perdimos el camino de la vida,
el que a Tí lleva
si es, ¡oh mi Dios!, que vives.
Erramos sin ventura,
sin sosiego y sin norte,
perdidos en un nudo de tinieblas... (3).*

4. El alma se dispone a la fe cristiana.

*Sed de Dios tiene mi alma, de Dios vivo;
conviértemela, Cristo, en limpio aljibe
que la graciosa lluvia en sí recibe
de la fe... (1).*

El cristianismo le ofrece las soluciones que pide; lo que no acepta de él es el intento de racionalización que llevó a cabo la teología. Para entender esto, es preciso analizar los siguientes puntos:

(1) Unamuno, *Obras completas*, t. XIII, p. 546.

(2) Unamuno, *Op. cit.*, Salmo II.

(3) *Ibid.*, Salmo I.

(1) Unamuno, *Obras completas*, p. 549.

a) La creencia en la inmortalidad, que ya se venía preparando con las corrientes judaicas y griegas, “es lo específicamente cristiano” (2).

b) Cristo es “la garantía de la resurrección e inmortalidad de cada creyente” (3).

c) “La solución católica de nuestro problema, de nuestro único problema vital, del problema de la inmortalidad y salvación eterna del alma individual, satisface a la voluntad, y por lo tanto a la vida; pero al querer racionalizarla con la teología dogmática, no satisface a la razón...” (4).

Siguiendo su tendencia habitual, pone en verso las preocupaciones filosóficas que ha desarrollado en prosa. La siguiente estrofa de su “Salmo II”, corresponde al pensamiento de la última frase citada.

*Lejos de mí, Señor, el pensamiento
de enterrarte en la idea,
la impiedad de querer con racionios
demostrar tu existencia...*

.....

Todo intento de racionalizar lo que es irracional o super-racional, es un esfuerzo que resultará fallido. Al Dios vivo y cordial no se llegará jamás por el camino de la especulación pura.

Relaciona la teología con la abogacía, puesta al servicio de una tesis, de un principio que se debe defender, incluso “con falacia lógica”.

En la teología así concebida no hay lugar a la duda, esencia de la vida:

*La vida es duda
y la fe sin duda es solo muerte...*

Un punto importante, además de la inmortalidad, es el de la resurrección de la carne. Se ha visto cómo Unamuno aspiraba

(2) Unamuno, *S. T. de la V.*, p. 59.

(3) *Ibid.*, p. 60.

(4) *Ibid.*, p. 63.

a contemplar a Dios en carne, en una visión de un misticismo sensualista, ya que no pudo comprender ni imaginar la visión estrictamente intelectual.

En algunos de sus poemas se observa un sentimiento netamente cristiano. Su ideología se identifica, consciente o inconscientemente con el cristianismo. En "El Cristo de Velásquez", en su exaltación de la Eucaristía, la llama "Palabra Creadora que se hizo carne", "Pan de inmortalidad", "Carne divina". Cristo, el Logos que se encarna, el Dios Idea, el *Ens Summus* revestido de humanidad... ¿Podría convenirle otra religión que no fuera el cristianismo?

Cristo se presenta como garantía contra la muerte definitiva:

*Pues Tú a la muerte que era el fin has hecho
principio y soberana de la Vida,
la Muerte blanca, envuelta en negro manto,
y en caballo amarillo caballera;
la Muerte, Emperadora de la Historia
que segados los hombres nos ensilla
con avaricia de conquistadora... (1).*

.....
*Tú Cristo con tu muerte has dado
finalidad humana al Universo
¡y fuiste muerte de la muerte al fin! (2).*

Esta finalidad humana del universo, el concepto de la creación para el hombre, esta "muerte de la muerte", se las proporciona el cristianismo.

*Vendrás, Señor, en carne y hueso al cabo
de los días mortales, y al conjuro
de tu voz, como ejército, a la Tierra
la matriz retemblándole, los huesos
de los que duermen en su fuerte polvo
¿despertarán cantando? ¿Y el rocío
de tu sangre a esos huesos levantados
los hará florecer en viva carne
donde vuelva el recuerdo? (3).*

(1) Unamuno, *Obras completas*, t. XIII, El Cristo de Velásquez.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*

Las dos últimas líneas han sido subrayadas, por ser particularmente significativas.

Se pregunta Julián Marías si fue Unamuno un cristiano, o simplemente un filocristo. “Seguramente, ninguna de las dos cosas, porque le falta humildad, seriedad radical y, en última instancia, fe en sentido estricto para ser lo primero, y le sobró honra y espíritu religioso para quedarse en lo segundo...” (1) En todo caso, la religiosidad de Unamuno parece orientarse lógicamente hacia las corrientes cristianas. Ya sea que lo llamemos cristiano o filocristo, el afán de inmortalidad, de resurrección, de un Dios vivo y cordial, lo llevan ineludiblemente a impregnarse de un espíritu de profunda raigambre cristiana.

V — VALIDEZ O INVALIDEZ DE SU IRRACIONALISMO

*“Hay que ganar la vida que no fina,
con razón, sin razón o contra ella”.*

El deseo de no morir llevó a Unamuno a una lucha abierta con la razón y con la “ciencia”:

*—Que esa agua de la ciencia
al ánimo nos mete cual calambre
la desesperación, pues la creencia
vital borrando, nos amarga el hambre
de no morir y seca la existencia
desenterrando su inmortal raigambre (2).*

Su tendencia irracionalista es descrita burlescamente por Ortega y Gasset. En su artículo “Unamuno y Europa, fábula”, comenta la siguiente afirmación del “energúmeno español”: “Si fuera posible que un pueblo dé a Descartes y a San Juan de la Cruz, yo me quedaría con éste”. Ortega, ante esta preferencia de Unamuno, entra a caricaturizar su actitud intelectual. Es interesante transcribir el siguiente párrafo:

“En los bailes de los pueblos castizos no suele faltar un mozo que cerca de la media noche se siente impulsado sin reme-

(1) J. Marías, *Miguel de Unamuno*, p. 151.

(2) Unamuno, *Op. cit.*, p. 609.

dio a dar un trancazo sobre el candil que ilumina la danza: entonces comienzan los golpes a ciegas y una bárbara baraúnda. El señor Unamuno acostumbra a representar ese papel en nuestra república intelectual. ¿Qué otra cosa es sino preferir a Descartes, el lindo frailecito de corazón incandescente que urde en su celda encajes de retórica extática?" (1). Según la interpretación de Ortega, Unamuno ha apagado arbitrariamente el candil de la razón, dedicándose a luchar a ciegas, en un combate desatinado. En efecto, Unamuno parte del supuesto de la impotencia de la razón en las especulaciones sobre la inmortalidad y sobre Dios.

Julián Marías, en su libro *Miguel de Unamuno*, opina que este parece complacerse en su agonía, en su duda, sin agotar, en un radical esfuerzo intelectual, las posibilidades que la razón le ofrece para solucionar su problema. Según Marías esta inautenticidad tiene las siguientes implicaciones: "primero, que hay en ella un elemento de ficción, de penultimidad y falta de última urgencia, y en segundo lugar, que hay, por debajo de esa duda, una creencia más honda en la que está y en la cual vive" (2). Esta creencia es la radical confianza en Dios, "garantía de la propia inmortalidad".

Laín Entralgo, en *La espera y la esperanza*, bautiza el ensayo dedicado a Unamuno con el nombre de "Unamuno, o la desesperación *esperanzada*". El título es de por sí significativo. "Más que desesperar, Unamuno habría esperado", y se le podría atribuir con justicia, parodiando a Tertuliano, no ya el *Credo quia absurdum*, sino un *Spero quia absurdum* (1).

Hay numerosos argumentos, además de los anteriormente citados, que convierten el irracionalismo de Unamuno en algo intelectualmente deleznable. Si se leen ensayos como *El sentimiento trágico de la vida*, con la convicción de que se trata de obras estrictamente filosóficas, seguramente resaltarán en ellas contradicciones, retórica, afirmaciones refutables, apasionamiento, parcialidad. Unamuno no era filósofo ni se le debe considerar como tal. Su mérito y su justificación consisten en una vivencia del propio yo y del deseo de inmortalidad. No se podría

(1) Ortega y Gasset, *Obras completas*, tomo I, p. 129.

(2) Marías, *M. de Unamuno*, p. 152.

(1) Laín Entralgo, *La espera y la esperanza*, p. 415.

atacar desde el punto de vista intelectual, una obra como las *Confesiones* de san Agustín. Son el auto-análisis de un alma ávida de Dios. Unamuno es también un buscador de Dios, que desnuda su interioridad e intenta comunicar una problemática hondamente sentida.

En una época en que ya había comenzado la ola cientifista, hay que admitir la audacia que implica vivir y expresar abiertamente un conflicto como el de la inmortalidad, que había quedado relegado a un plano de creencia religiosa. Unamuno no comprende a los que dicen que no les atormenta la perspectiva de un más-allá de la muerte. Ortega afirmó con justeza, que su vida y su filosofía, como las de Spinoza, fueron una *meditatio mortis*.

Más que su obra, pervivirá tal vez el recuerdo de su personalidad, recia y áspera, de su yo original, que quiso defender a toda costa.

“Hay personas... que parecen no pensar más que con el cerebro o con cualquier otro órgano que sea específico para el pensar; mientras otros piensan con todo el cuerpo y con toda el alma, con la sangre, con el tuétano de los huesos, con el corazón, con el vientre, con la vida” (1). Entre estos últimos se debe dejar “encasillar” don Miguel de Unamuno.

(1) Unamuno, S. *T. de la V.*, p. 18.